

**MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN**

# LO NOBLE Y LO PLEBEYO

# EQUIPO

# CRONICA:

# MAS ALLA

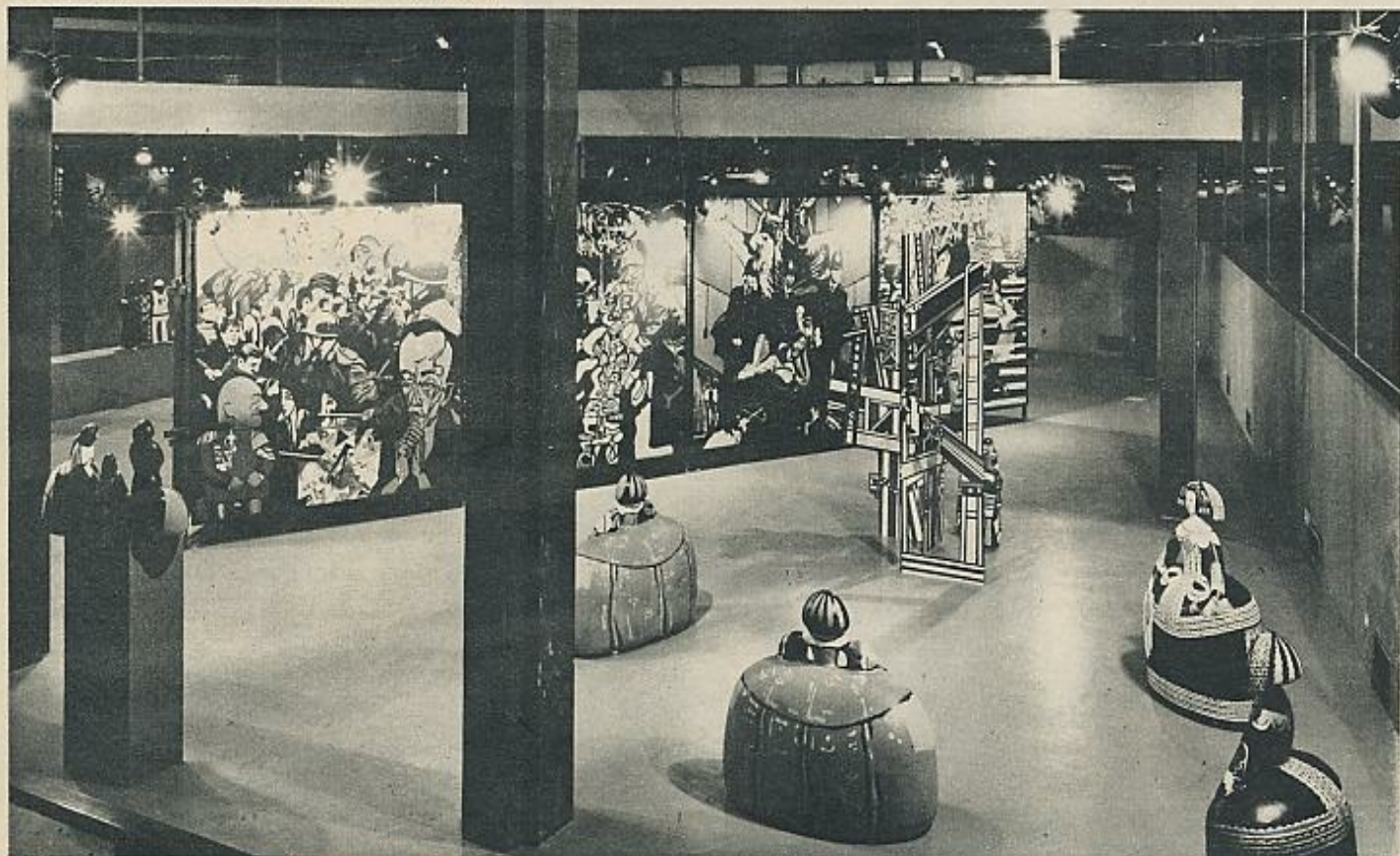
# DEL POP



EL RECINTO.

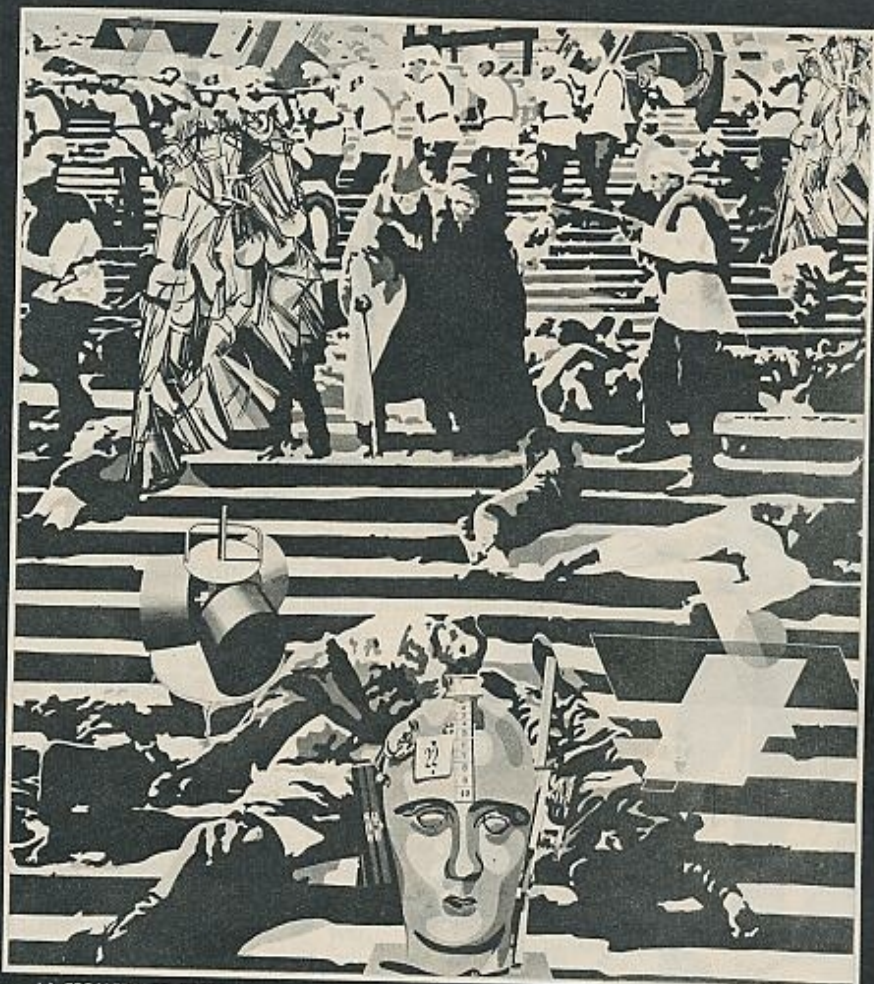
Cuando juzgamos las formas subculturales lo hacemos desde urdimbres teóricas casi todas fijadas en torno a los años veinte o treinta. Entonces los medios culturales uniformadores (radio, cine, televisión, canción de consumo, literatura de consumo) no eran lo que son. Incluso actualmente casi toda la teoría sobre la cuestión ha sido legislada, más que elaborada, por sensibilidades descalificadas para el asunto. La selección biológico-social ha llevado a las cumbres legislativas de la cultura a gente de «casa bien» que puede desclasarse a la hora de

EXPOSICION EN EL COLEGIO DE ARQUITECTOS DE BARCELONA.





## EQUIPO CRÓNICA!



«LA ESCALERA DE ODESSA».



«EL AQUELARRE».

intentar comprender el mundo desde los presupuestos del materialismo histórico y dialéctico. Lo que ya les resulta más difícil, yo diría que patéticamente imposible, es perder una sensibilidad armónica, a veces educada incluso con varios años de solfeo y la asistencia al inmenso panorama de la cultura noble desde la más tierna infancia. Me parece prácticamente imposible que un crítico cultural formado en la adolescencia a base de Bach y el «Emilio», de Rousseau, llegue jamás a entender a Quiñero, León y Quiroga, o a Roberto Alcázar y Padrín, o al jefe Irosida. Ocurre entonces que los teorizadores de la subcultura solemos hacerlo sin magisterios preclaros indiscutibles, sin una tradición crítica y sin lenguaje convencional acreditado que llevarnos a la boca. Sobre nuestras imperfecciones y nuestros cadáveres pasarán las nuevas promociones, que lo harán mucho mejor. Porque, contra la opinión de los estremecidos, aunque progresistas, partidarios de la cultura noble, la subcultura es algo más que una moda «camp» (a ver si enterramos de una vez este adjetivo relavado y devaluado) o una conspiración urdida a medias entre los poderes establecidos e insensatos neopopulistas más o menos advenedizos, más o menos «snobs». La subcultura del siglo XX (subcultura siempre ha habido) es un hecho cultural destinado a afectar radicalmente a la cultura noble, cuya tradición coincide en todo con la tradición burguesa, desde el Renacimiento hasta Schomburg, Joyce y William Bourroughs.

De momento, la influencia de lo subcultural sobre la cultura noble sólo puede captarse plenamente en la narrativa. La imaginación del novelista moderno está en gran parte condicionada por sus memorizaciones cinematográficas. Pero esto es aún prehistoria. Como es prehistoria la relación que existe entre «slogan» publicitario y poesía actual. Como es prehistoria la relación entre la llamada cultura de la imagen y las artes plásticas tradicionales. Pero es prehistoria de una Historia en la que entraremos sin darnos cuenta: la Historia de las nuevas formalizaciones que satisfagan la necesidad de emoción, suprarrealidad y comunicación que ha sido siempre el estímulo del Arte.

Me resulta imposible hacer un comentario de la exposición que el Equipo Crónica acaba de clausurar en el Colegio de Arquitectos de Barcelona sin partir de una comprensión de la situación prehistórica que compartimos en el tránsito de las Letras y las Artes. Porque la exposición del Equipo Crónica era en su intención un tránsito entre la reflexión sobre la pintura a través de la pintura (manía característica en todos los géneros culturales cuando están en crisis) y la destrucción de la pintura a manos de pintores enamorados y terroristas, por aquello de que hay amores que matan.

### El «comico», Goya, Leger y Picasso

La exposición de Crónica debe analizarse desde un nivel Cultural, con mayúscula, y un nivel subcultural: como reflexión sobre la pintura en el mundo actual y como irrupción del cartel, y más aún, del publi-via, dentro del arte pictórico. A un nivel cultural este tipo de reflexiones aparecen en períodos críticos y en cierta manera cuando las vías de expresión parecen agotadas, parecen haber cumplido un ciclo y va a pasar algo.

En cierta manera, esta reflexión es la que ha llevado a pintores formalmente tan opuestos a Crónica como Angel Jové o Silvia Gubern a no pintar. Al hablar de la obra actual de Jové escribía yo en TRIUNFO que parecía como si en el movimiento de acercamiento a la tela, después de llegar a la conquista de su desnudez, los pintores la cruzasen, como se cruzan los espejos en los relatos de terror y llegasen a la realidad que está detrás del cuadro. El escepticismo de los pintores más lúcidos ante la función y esencia de la pintura está condicionado por la crisis general de la cultura burguesa. La organización cultural se ha construido a imagen y semejanza del orden burgués, y el artista o el escritor topan una y otra vez contra los límites de la organización y el orden, completamente concluidos y asumidos todas las claves de comunicación que podía establecer con lo que otrora fue clase ascendente.

Consciente de esta situación, o desde una preconscien-





«EL EXPRESIONISMO EN LA CALLE».



«SUMMA ARTIS».

## MAS ALLA DEL POP

cia, el arte del siglo XX posterior a los últimos impulsos derivados inerte desde el XIX, es una continua reflexión, a veces muy disimulada, sobre las impotencias del artista para huir del campo de concentración donde enloquece su conciencia y a veces se pudre. La reflexión del Equipo Crónica parte de esta situación y la han resuelto formalmente entrando a toque de degüello dentro de la pintura más activa de nuestra cultura, desde la velazqueña hasta la vanguardista de la era presente. Han dado una interpretación «publicista» al desgarrar del mundo actual y sobre todo a lo que eufemísticamente suele llamarse la violencia estructural, más o menos, mejor o peor teñida o desteñida de fascismo. Y en la proclama agresiva y testimonial han engullido fragmentos de los cuadros más famosos de nuestra memoria pictórica: el salón de las Meninas aparece sin Meninas y ocupado por torvos, siniestros fascistas del año cuarenta; por la puerta en la que Velázquez apuntaba a la pareja real contemplando la «pose» de las princesas aparece un fondo de Genovés con sus «víctimas» brazos en alto y de cara a la pared, esperando el fusilamiento.

Otras veces arrancan un pelele lacerado de Dubuffet para colocarlo en las manos de las fuerzas del orden. Bajo el casco de un policía aparece un rostro de Bacon, y en el suelo, como víctima no se sabe si autoinmolada, otro pelele despellejado del propio Bacon. De pronto, en un cuadro se suceden los rostros más vivos de la pintura universal, desde Rembrandt a Picasso. Están rodeados de represores y de armas, pero el espectador no sabe quién es el agresor, quién el agredido. Parece como si en el acto de constituirse en multitud armada, pintores y represores estuvieran posando en una foto colectiva antes del combate a muerte.

Una agresividad sin ambages brota de estas telas y puede inducir al engaño de liquidar esta pintura con el término panfleto. Pero sería una liquidación injusta. No es que esto no sea panfletario, no es que el panfleto no sea valorable cuando está bien hecho. Es que si nos quedamos en la valoración «panfleto» perdemos de vista todas las demás implicaciones culturales y subculturales del Equipo Crónica. Su sistema de «collage» les permite convertir en una trama de siniestro «comio» el aquelarre de Goya, la retina industrial de Léger, las figuras desconjuntadas del «Guernica»: repartidas víctimas por las geografías de distintos cuadros.

### El «morrosko» de Olivares

Elementos complementarios de la exposición era una colección de muñecas sacadas de personajes y grupos pictóricos. Estos personajes y grupos estaban modificados por la agresión de objetos de nuestra cotidianidad a ellos incorporados, como una salvaje enmendadura. Así vemos a una princesa de los Austrias con una carpeta, y a una infanta de la familia de Carlos IV vestida con la bandera americana. Pero el muñeco más importante era el que reproducía a un sombrío Conde-Duque de Olivares complementado con guantes de boxeador y en actitud de «pose» para estatua de parque. Toda la torpeza, brutalidad percha de mito que tenía el de Olivares parece reencarnada y situada en los tiempos de Superutain.

Y, en cierta manera, este muñeco podría convertirse en símbolo de la actual tesitura de los de Crónica: la agresión de la realidad y la cultura manipuladas con sus propios instrumentos. Pero en vez de insertar los ingredientes dentro de una lectura clásica, cogen distintas páginas de lectura pictórica, las juntan y las lanzan en las escaleras del tiempo donde sobrevive la cultura sacra, a veces portadora de ideologías revolucionarias, pero sacralizadas por el recogimiento fervoroso de los fieles y el olimpismo de los santos.

Este odioso Conde-Duque es la antiestatua revencial y el antimito hispánico. La pintura le convirtió en «santo» y mito de nuestra Historia. La suplantación plástica del Equipo Crónica, la mixtificación abiertamente perpetrada por el Equipo Crónica, le da el lugar que merece según nuestra conciencia crítica.

Decían los enterados que el plagio es correcto si va seguido de asesinato.

Las pinturas y muñecos del Equipo Crónica son asesinatos. ■ M. V. M.